

Como agua de mayo...

Se despertó. Estuvo unos minutos todavía disfrutando de la somnolencia, de ese estado entre el sueño y la realidad, en que una se encuentra bien entre las sábanas pero es consciente de que el día debe empezar. Había pasado una noche abrumadora. Una noche de reflexionar, de darle vueltas a historias y problemas que le perseguían desde hacía un tiempo. Durante el día, conseguía ocuparse con su rutina para no prestarles atención. De noche, las fieras temidas se apoderaban de su descanso sin que pudiera hacer nada para apaciguarlas. Antes de abrir los ojos, decidió actuar. Pensó con todas sus fuerzas que hoy sería un día maravilloso, que aceptaría todo lo que la jornada le deparara con una sonrisa y sin preguntarse demasiado el origen de los hechos.

La luz entraba por la pequeña ventana de la habitación iluminando la rosa blanca que cada mañana le daba los buenos días. Se levantó con suavidad y se sentó en la cama. Desde su nido elevado avistó sus dominios en la penumbra. Orgullosa, bajó los cuatro peldaños de madera que la separaban del salón y se fue directamente a la ventana para realizar el ritual que más le gustaba. Abrir esos antiguos porticones y dejar que la luz del sol invadiera su hogar. Adoraba el sonido estridente de la madera combinada con el hierro oxidado abriéndose para recibir una nueva mañana. En ningún otro lugar había escuchado esa melodía que despertaba cotidianamente cada calle de la ciudad. A veces, aunque hiciera frío, dejaba expresamente la ventana abierta para asistir al concierto matutino. Y ya puestas, aprovechar para saludar a las conocidas que vivían enfrente.

Después de su particular saludo al día, se dirigió a la cocina para prepararse el desayuno. Necesitaba energía para empezar con un buen pie. Así que agarró el muesli y lo mezcló con una buena dosis de yogur. Decidió disfrutar de cada cucharada y añadir frutos secos tostados en casa. Cada fruta conservaba su sabor. ¿Cómo no se había dado cuenta hasta ahora? Quizás antes no le dedicaba tanto tiempo a una cosa tan esencial como es desayunar. Los grandes placeres de la vida se encuentran en las pequeñas cosas de nuestro entorno. Cosas que pasamos por alto preocupados la mayor parte del tiempo

en sandeces. Para celebrar su gran triunfo, decidió ofrecerse una taza de té. Pero no cualquier hierbecita metida en un sobrecito al que le habían puesto ese nombre. No, eso ni pensarlo, la situación exigía una "qualité". Así que abrió cuidadosamente una cajita de ensueño, un regalo que venía de París como agradecimiento a la hospitalidad recibida un fin de semana mediterráneo. Sintió un agradable olor bailándole la nariz. Como si estuviera paseando en medio de un campo de Provence, al amanecer, acariciando flores, oliéndolas aún con sus gotas de rocío. Durante su paseo imaginario tuvo tiempo de poner a hervir el agua que le permitiría continuar el viaje ya iniciado por el olfato. A pequeños sorbitos, cerrando los ojos, se dejó llevar sin temor por esos aromas provenzales.

Si no hubiera sido por el timbre de la puerta, se habría instalado definitivamente en su taza de té. Volvió a la realidad y fue a abrir. En el rellano atendía una antigua conocida, que se presentaba de vez en cuando, sin avisar. Con la amabilidad que la caracteriza, Tristeza la saludó y entró. Era una habitual, sobretodo estos últimos días. Delicada y cortés, se instalaba en su casa y de allí nadie la movía. Se tomaba su tiempo para observar, compartir, explicar... Si bien es cierto que le hacía un poco de compañía a veces, terminaba detestando su presencia. Ese día se presentó con un amigo llamado Miedo, con quien parecía entenderse de maravilla. Los dos pasaron al salón y se apoderaron del sofá. Al principio, ella quiso rebelarse, echarlos fuera. Decirles que tenía ganas de estar sola. Al final, pensando en la promesa que se había hecho a sí misma por la mañana, terminó aceptand su presencia. Así pasaron parte de la jornada. Los tres juntos escuchando Chavela Vargas, leyendo, cocinando... y haciendo mil otras cosas más pero sin sabor, sin gusto, contra todo pronóstico.

Asfixiada en su propio hogar, decidió salir y respirar. Evidentemente, sus dos compañeros no quisieron dejarla sola. Miedo temeroso y Tristeza a su ritmo la cogían de las manos e iban andando los tres por la calle como si fueran amigos inseparables. Escoltada de tal manera, no veía nada a su alrededor. Ni ese perro que buscaba su amo con una mirada perdida. Ni las miradas tiernas que se dedicaban dos enamoradas. Aunque las calles estuvieran llenas, tenía la sensación de andar perdida en medio de un desierto árido, sin inicio, sin final...

errando eternamente en un paisaje vacío. A cada paso, una gota de angústia en su frente la humedad era terrible sentía marearse. Ya no podía más. Tenía que hacer algo. Miró furtivamente sus dos escoltas y con brusquedad soltó sus manos. Gritó. Gritó como nunca lo había hecho. Un grito de esperanza que provenía de su más adentro. Una llamada al cambio, a la protesta. Un canto de rebeldía, amor y odio que entonaba en fin, sin saber muy bien como.

¡No! La palabreja prohibida escapó de su jaula en lo más profundo de la inconsciencia de su ser y tomó fuerza en sus cuerdas vocales. Todo estalló en un golpe de voz. No pudo hacer nada para impedirlo. El grito emprendió el vuelo por los cielos grisáceos de la ciudad, acompañando alguna paloma despistada que buscaba refugio. Ligerero como una pluma, se fue elevando cada vez más, adquiriendo más y más potencia... hasta que chocó contra una nube. En toda la ciudad se oyó un estruendo tremendo. La gente dejó lo que estaba haciendo para observar el cielo amenazador. En el tiempo de subir la cabeza, una tempestad estalló. De la nada, empezaron a caer gota tras gota. Cada vez más rápido, más fuerte, con más brusquedad, con más potencia... en pocos segundos cortinas de agua cortaban las calles y obligaban a los transeúntes a refugiarse en portales, debajo de balcones... daba igual el lugar, lo importante era ponerse a cubierto. Tristeza y Miedo se miraban sin entender nada. Empezaron a dar un paso atrás, y luego otro, y otro más... y así, fueron alejándose de aquella que había aceptado compartir su tiempo con ellos, hasta disolverse. No los vio alejarse, tampoco les oyó partir. Desde el momento en que la primera gota le rozó la espalda, experimentó una grata sensación de alivio. Mojada hasta los huesos, como si se hubiera dado un chapuzón en la taza de té matutina, se sentía mejor que nunca. Fue entonces que prosiguió su marcha por las calles. Sola. Atrayendo las miradas ingenuas de las refugiadas. Miraba al cielo y reía. Se volvía a sentir ligera y feliz. Con unas ganas tremendas de... *son, guateque y danzón.*

Levantarse. Abrió los ojos y vio que justo encima de su cama había una gotera. La almohada, las sábanas, su pijama, todo estaba empapado. En lugar de enrabiarse y maldecir todo elemento susceptible de ser maldito, como solía hacer en estas situaciones, sonrió y celebró esta peculiar lluvia de interior. Le había sentado como agua de mayo.

XUNCA